

FALSIFICADORES ILUSTRES

Harry Bellet

Falsificadores ilustres

Traducción de
José Ramón Monreal

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo del editor.

Título original: *Faussaires illustres*

© Actes Sud, 2018

© de la traducción, José Ramón Monreal, 2022

Fotografía de la cubierta:
Entrada del Metropolitan Museum
of Art en Nueva York

De esta edición:

© Editorial Elba, S.L., 2022

Avenida Diagonal, 579

08014 Barcelona

Tel.: 93 415 89 54

editorial@elbaeditorial.com

CONTENIDO

1. Caza a los falsificadores · 11
 2. ¿El oficio más viejo del mundo? · 31
 3. La tiara infernal · 44
 4. El anciano y Vermeer · 52
 5. Hizo de su vida una (falsa) obra de arte · 63
 6. A veces la cosa acaba mal · 83
 7. Reescribir la historia del arte · 93
 8. El pequeño genio en el patio trasero · 103
 9. La caída de la casa Knoedler,
una vieja dama indigna · 114
 10. Beltracchi, resumen de los
episodios anteriores · 127
 11. Pequeño manual del falsificador · 139
- Bibliografía · 147

Este libro nació de una idea en la que no creía, cuando Raphaëlle Rérolle y Anne Chemin me pidieron para una serie de verano del diario *Le Monde* que investigara el caso de algunos falsificadores famosos. Se lo dedico, por tanto, a ellos, así como a Julie Rouart y a Agnès Thurnauer, que me animaron a volver a él, y a Aude Gros de Beler, quien, cuando le propuse el tema, se apasionó por él siguiéndolo a sol y a sombra, lo que, a mi edad, resulta siempre alentador.

Admiran tanto a los falsificadores
como desprecian a los artistas.

ROLAND TOPOR, *Pense-Bêtes*,
Le Cherche midi, 1992

1

Caza a los falsificadores

Cuando Thomas Hoving, antiguo director del Metropolitan Museum de Nueva York, declaró en 1997 que el 40 por ciento de las obras de su museo eran falsificaciones,¹ se pensó que era una exageración muy americana. Tras investigarlo, uno se pregunta si no se quedó corto.

Así, Camille Corot pintó tres mil cuadros, ¡de los cuales cinco mil están en Estados Unidos! La *boutade* es famosa en el mundo del arte cuando se trata de evocar las falsificaciones. Apareció por primera vez en el *Times* en 1934, con otras cifras: «Corot pintó dos mil cuadros, diez mil de los cuales están en Estados Unidos», y luego en 1940 en *Newsweek*, con dos mil quinientos originales y siete mil ochocientos importados respectivamente. Y aún se trataba de una estimación a la baja:

1. «En la década y media que estuve en el Metropolitan Museum of Arts, debo de haber examinado cincuenta mil obras de todos los campos. Un 40 por ciento de ellas eran falsas o estaban tan falsamente restauradas o tan mal atribuidas que era como si fueran falsificaciones», Thomas Hoving, *False Impressions*, Nueva York, Touchstone, 1997. Para otros, y más recientemente, estaría más cerca del 50 por ciento, según las declaraciones del experto suizo Yann Walther en «Over 50 Percent of Art Is Fake», *Artnet News*, 13 de octubre de 2014. El pequeño museo de Elne (Pirineos Orientales) se lleva la palma, con un 60 por ciento. Pero Hoving encontró algo aún mejor en el museo Mimara de Zagreb, donde se dice que casi la totalidad de las tres mil setecientas cincuenta y cuatro obras son falsas.

Thomas Hoving cita a uno de sus predecesores de la década de 1920, sir Casper Purdom Clark, quien dijo que tenía información de las aduanas norteamericanas de que, desde la muerte de Corot en 1875, se habían declarado veintisiete mil de sus cuadros para la importación.² Se sospecha que el autor –de una pequeña parte– fue Paul Désiré Trouillebert (1829-1900), que pintaba a la manera de Corot.

Esto puede hacernos sonreír, pero no es cosa de risa: en primer lugar, para el desgraciado coleccionista que ha sido estafado, la galería o el conservador de museo, cuyo orgullo, si no su reputación, cuesta generalmente recuperar. Y luego, para el artista, sobre todo: el historiador del arte Otto Kurz (1908-1975), miembro del célebre Instituto Warburg, uno de los pocos que ha estudiado seriamente el problema de las falsificaciones,³ cita el caso de un coleccionista maníaco, el doctor Jousseau, que poseía dos mil de las falsificaciones de Corot en cuestión. «Cuando después de su muerte⁴ todo el batiburrillo que había acumulado se dispersó como obra perteneciente a Corot, toda nuestra concepción de este gran artista quedó en entredicho. La pregunta que se planteaba era: ¿Fue Corot un gran pintor sólo en momentos puntuales? ¿Era posible que la mayor parte de su producción consistiera en baratijas y en lamentables imitaciones de sus obras maestras?»

2. Primera lección: si el estudio de las falsificaciones tiene interés en la historia del arte, es, en primer lugar, porque nos enseña la crítica de las fuentes...

3. Otto Kurz, *Faux et faussaires*, París, Flammarion, 1992.

4. En 1923.

A lo que el pintor alemán Max Liebermann (1847-1935) replicaba: «Los historiadores del arte no son tan inútiles, después de todo. De no existir ellos, ¿quién podría explicar, cuando nosotros estemos muertos, que nuestras malas pinturas son falsas?».

La historia del arte se parece a la arqueología: es una fuente de conocimiento. Enterrar una cápsula espacial en una pirámide no hará creer por mucho tiempo que fueron los marcianos quienes la construyeron. Cuenta Jean-Jacques Breton que unos grabados de animales prehistóricos, descubiertos en 1873 en unos huesos de la cueva de Kesslerloch (Suiza), fueron reconocidos como falsificaciones –y lo eran, pues habían sido realizados por un estudiante a quien le urgía obtener su título– en 1876 por Ludwig Lindenschmitt, fundador del museo romano de Maguncia. Lindenschmitt no podía creer en la existencia del arte paleolítico y así se impuso a la comunidad científica, hasta el punto de que cuando Marcelino Sanz de Sautuola descubrió, en 1879, las cuevas con sus pinturas de Altamira (España), se le consideró un falsificador... Hubo que esperar hasta 1902 para que se admitiera la existencia de un arte rupestre.

El caso del sarcófago de Hércules de Tarragona, calificado por Otto Kurz de «una de las falsificaciones más pueriles y absurdas que nunca se hayan hecho», es también bastante aterrador por lo que pudo haber provocado, ya que uno de sus fragmentos, que representa a un hombre y una mujer debajo de unas palmeras, permitió a un erudito «descubrir en la placa la representación más antigua de los espermatozoides, lo cual tendía a demostrar que los antiguos egipcios conocían el microscopio»...

Si las falsificaciones pueden confundir o ridiculizar a los arqueólogos,⁵ la acumulación de mamarrachos que lleven el nombre de un gran maestro puede causar un daño de forma duradera, no sólo a su reputación y a sus derechos morales, sino también a toda la investigación sobre el artista y su época. Sin embargo, cada nuevo caso hace las delicias del público en general. El artista fracasado, pero falsificador «genial», que consigue engañar a eruditos y entendidos, es considerado un héroe, como el ladrón de guante blanco Arsène Lupin, que, desde *La aguja hueca*, es conocido por ser el custodio en su nido de águilas de Étretat de la verdadera *Gioconda* y de la tiara de Saitafernes (que le sirve de cobertura del teléfono), mientras que el Louvre sólo tiene las copias.

Pobre Louvre, víctima en la vida real de lo que Otto Kurz llama «falsificación n.º 1», la llamada tiara de Saitafernes, un rey escita cuya corona supuestamente descubierta en Crimea (hubieran debido desconfiar, pues el anuncio se hizo un primero de abril) fue comprada en 1896 por doscientos mil francos oro. La adquisición tuvo un gran impacto, y el excelente historiador del arte Salomon Reinach escribió, para *Le Figaro*, una vida de Saitafernes.

La historia dio la vuelta al mundo y llegó hasta Odesa, donde vivía Israel Rujomovski, platero de profesión.

5. Sin embargo, son mucho menos perjudiciales que las excavaciones clandestinas, que destruyen el contexto arqueológico al alterar el emplazamiento de los artefactos en su capa estratigráfica y en su situación unos respecto a los otros, impidiendo cualquier análisis científico y toda comprensión de la historia cultural del yacimiento.

Él era el autor del objeto: se lo habían encargado unos años antes dos hampones, que le habían pagado siete mil francos a tocateja... El honrado artesano vino a París para reivindicar la autoría de la tiara, lo que los conservadores del Louvre se negaron obstinadamente a admitir,⁶ hasta que no la volviera a hacer en presencia suya...

Esta historia recuerda a la de las falsificaciones de Vermeer de Han Van Meegeren (1889-1947): tras la Segunda Guerra Mundial, fue procesado por haber vendido una obra maestra del pintor holandés a Hermann Göring, pero alegó que el cuadro en cuestión había sido realizado por él mismo. Ante la incredulidad general, rehizo uno dentro de su celda...

Lo más extraordinario es que estos casos se presentan con regularidad, siempre con la misma simpatía del público –y la relativa indulgencia de la justicia– hacia los falsificadores. El último en cuanto a las fechas es Wolfgang Beltracchi: fue encarcelado en agosto de 2010 por haber vendido, desde mediados de los años noventa, decenas de cuadros de Max Ernst, André Derain, Fernand Léger, Max Pechstein, Heinrich Campendonk,⁷ y los que se olvida. Por parte de la justicia alemana y también él, por cierto, ya que no fue procesado más que por catorce cuadros, vendidos por la bonita suma de 34,1 millones de euros. Ahora bien, es probable que en veinte años pintara

6. Lo que permite pensar que, sin su intervención, la tiara seguiría expuesta, para mayor gloria de Saitafernes el Conquistador, que ni siquiera estamos seguros de que haya existido realmente.

7. El récord mundial en subasta de un Campendonk es, en realidad, un Beltracchi.

muchos más, algunos de los cuales pueden estar en los museos.⁸ En efecto, su talento particular es tal que ha engañado a los mejores expertos. Uno de sus falsos Max Ernst se expuso en el Metropolitan Museum de Nueva York, donde fue la admiración de Philippe de Montebello, director del museo de la época, de Dorothea Tanning, la viuda de Ernst, de Werner Spies –a quien debemos el catálogo razonado del artista– y, preciso es reconocerlo, del autor de estas líneas, que, como veremos, se la tragó varias veces... Pero si Beltracchi ha sido presentado por la prensa alemana como el «falsificador del siglo», es por puro chovinismo:⁹ los británicos pueden reivindicar unos cuantos del mismo calibre, como Eric Hebborn o Shaun Greenhalgh.

Este último bien también que nos engañó: su *Cabeza de fauno*, supuestamente esculpida por Paul Gauguin, fue comprada en 2001 por Douglas Druick, conservador jefe del Art Institute de Chicago. En septiembre de ese mismo año, fue una de las piezas más destacadas de la exposición «Van Gogh-Gauguin» organizada por el

8. El falsificador británico Tom Keating (1917-1984) afirmó haber realizado más de dos mil falsificaciones de mil artistas distintos, pero negándose a identificarlas. Se había hecho tan célebre que a su muerte Christie's organizó una venta de doscientas de sus falsificaciones catalogadas, una décima parte de su producción. El resto sigue aún por ahí, o más bien en los museos y en el mercado.

9. Los periodistas, sus secretarios de redacción y, aún más, sus redactores en jefe son de una pereza fenomenal. El menor acuarelista que intenta reproducir un Durero se convierte en el héroe de su tiempo, en el «falsificador del siglo». Es más socorrido y lucrativo que titular: «Detenido un miserable delincuente...».